

La casa del tiempo o fundación de la poesía*

Historia de una edición

Nicanor Vélez

A Gruchenkita

Me gustaría pensar que estamos en una especie de *Casa de la presencia*, suerte de recinto fuera del tiempo que da nombre al primer volumen de las obras de Octavio Paz. En algún recodo de su prosa, Paz decía que la poesía es una «antigüedad sin fechas». No es gratuito por tanto que en los primeros títulos que propuso para sus obras en 1990, quiso llamar a este volumen *La casa del tiempo. La fundación de la poesía*; porque como él dice en su prólogo: «El presente de la poesía es una transfiguración: el tiempo encarna en una presencia. El poema es la casa de la presencia. Y de aquí el título final de este volumen.»

La idea de publicar sus obras completas –como cuenta Paz en el primero de sus prólogos– nació en el curso de una conversación con Hans Meinke, director en aquel entonces de Círculo de Lectores y ahora responsable de la editorial Galaxia Gutenberg. El punto de partida tuvo lugar en Valencia, en 1987, cuando ellos tuvieron su primer encuentro. Nuestra casa editorial ya había publicado, en 1985, una *Antología poética* a cargo de Juan Luis Panero. Se habló de la posibilidad de publicar uno de sus libros de ensayo, pero se pasó rápidamente de esta idea a la de reunir en siete volúmenes una selección importante de su obra. Los textos se organizarían siguiendo un criterio temático; pero una vez hecha la distribución, Paz vio la necesidad de aumentar a ocho el número de volúmenes, con el fin de dedicar uno exclusivamente a sus reflexiones generales sobre la poesía (*El arco y la lira*, *Los hijos del limo*, etc.).

El primer libro estaba previsto para el 31 de marzo de 1989, con el fin de conmemorar su setenta y cinco aniversario, y terminar la publicación el 31 de diciembre de 1990. Pero dificultades de diversa índole, tales como la organización de los textos, el orden de aparición y la redacción de los prólogos, hicieron aplazar la publicación, hasta que en febrero de 1990, se decidió publicar las obras completas. Una vez tomada esta decisión se consideró que el número de volúmenes debería ser doce, pero cuando prepará-

* Palabras leídas en la presentación de las O. C. de Octavio Paz en el Instituto Cervantes de Nueva York, el 22 de octubre de 1999.

bamos el octavo, nos vimos en la necesidad de reconsiderar el número, y optamos por hacer catorce y, novedad previsible, ahora serán quince. Personalmente me ha tocado en suerte seguir a lo largo de diez años el desarrollo de estas obras y encargarme del proceso de toda la edición. Pero en este proceso, conviene recordar aquí, hay varias personas que han sido parte substancial: en primer lugar, el padre de la idea, Hans Meinke; el diseñador, Norbert Denkel; la responsable de la producción, Susanne Wherthwein, y el actual director de Círculo de Lectores, Albert Pélach, que ha hecho posible su continuidad.

En 1993, Fondo de Cultura Económica, a través de Adolfo Castañón, se puso en contacto con Círculo de Lectores con el fin de manifestar su interés de publicar las obras completas para América. Después de una reunión en Barcelona, acordamos que FCE publicaría nuestra edición, manteniendo el mismo formato y las mismas características externas. Es así como el proyecto se convirtió en una aventura entre las dos orillas. El primer volumen de FCE apareció en 1994. Para aquel entonces Círculo ya había publicado los seis primeros volúmenes, que volvimos a corregir Octavio Paz, Ana Clavel de FCE y yo, con el fin de limpiarlos «completamente» de erratas. A partir del séptimo volumen decidimos que, tanto Paz como FCE, leerían el volumen en segundas pruebas, y no una vez impresa nuestra edición, para así agilizar la salida de los volúmenes en México.

Ninguna obra en la historia de la literatura, al menos que yo sepa, ha sufrido una reestructuración, por el autor, tan substancial al presentarse como *obra completa*. Aunque esto es relevante, pues la mayoría se limitan a reagrupar sus libros en volúmenes, lo verdaderamente importante y sorprendente es constatar que esta reestructuración es en cierta forma la que se lleva a cabo con un rompecabezas. En el caso de Paz, cada elemento, cada texto tiene un valor importante por sí mismo, pero al sufrir esta especie de metamorfosis, no sólo cada texto mantiene su valor, sino que además pone de manifiesto y resalta la coherencia de un pensamiento que se quiere siempre activo. Sin confundir, por eso, *coherencia* con estatismo o inmovilidad. Es decir, coherencia crítica y, como era de esperar, aunando *pasión* y *lucidez* o, si se quiere, poniendo de manifiesto la *razón ardiente*.

Insisto en la importancia de que haya sido el propio Paz quien sometiera toda su obra en prosa a una reestructuración por temas y, parcialmente, siguiendo un orden cronológico. La obra en prosa de un poeta no es otra cosa que, por una parte, su toma de conciencia y, por otra, la re-creación de su propia tradición. Si lo anterior es verdad, la estructura de las obras completas de Paz nos invita a percibir, como posibles, múltiples figuras.

Retomo una de ellas que, aunque antecede a estos mamotretos, sigue siendo una de las más eficaces y expresivas para definirlos. Advierto, sin embargo, que debemos verla como una figura que tiende más al trazo que a la fijación.

Quien haya frecuentado las páginas de Borges, tal vez no habrá olvidado a aquel personaje que «se propone la tarea de dibujar el mundo» y «a lo largo de los años puebla un espacio con imágenes...» «Poco antes de morir –según nos dice el narrador–, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara». Ahora bien, Paz, que como el escritor argentino supo desde muy temprano que su destino sería literario, a través de la espiral, que es la figura geométrica que mejor define el ritmo de su prosa, y a través de la secuencia de sus versos, fue trazando su visión de un universo hasta formar la figura que descubre Cortázar en su obra: una *estrella de mar*. Todos somos conscientes de que los temas que abarca la obra de Octavio Paz son múltiples y diversos. Su rasgo más importante: la lucidez; su columna vertebral: la poesía, y sus vértebras: el mundo de las ideas. La poesía es centro y punto de explosión. El mundo de las ideas son aristas que trazan la figura que Cortázar veía a través de su prosa y sus poemas. Sus ensayos, puntas de esa *estrella*, colindan con la historia, la sociología, la antropología, la historia de las ideas y la crítica literaria. Al parecer, como diría Terencio: «nada de lo que es humano le es ajeno».

No es de extrañar, por tanto, que en la presentación de estas obras completas en Barcelona, en 1991, y en Madrid y Oviedo, en 1993, se evocara la figura del *humanista* para definir a Octavio Paz, tan ajena a este siglo de compartimentos estancos y de especialistas.

Es importante, aunque sea de forma muy somera, señalar los puntos novedosos de estas obras; sin entrar en detalles y reduciendo los ejemplos a muestras, por motivos evidentes de tiempo. En primer lugar, lo que ya hemos resaltado, la estructura. En segundo lugar, hay dos libros que tomaron cuerpo con las obras completas: *La llama doble* y *Vislumbres de la India*. Ambos se habían pensado como ensayos de unas cien páginas que formarían parte de *Ideas y costumbres*; sin embargo, estos textos siguieron un camino propio y se convirtieron en un libro, como cuenta Paz en sus prólogos y en su correspondencia. Además de estos libros centrales, hay textos nuevos con los que pretendía ampliar una idea o perfilar un tema. Por ejemplo, con relación al segundo volumen, *Excursiones/IncurSIONES*, y al tercero, *Fundación y disidencia*, en una carta dirigida a Meinke, dice: «Fue muy laboriosa la búsqueda, la compilación y la revisión de los textos. No me limité a corregir las erratas sino que, en algunos casos agregué páginas e incluso escribí un pequeño ensayo para completar lo que digo sobre

Ezra Pound («Afterthoughts»). También estoy satisfecho con las dos páginas y media que añadí a propósito de Neruda». Al margen de esto, en algunos volúmenes hay varios inéditos hasta entonces.

Entre los valores más importantes de estas obras destacan los prólogos que encabezan cada volumen. En su conjunto son, sin duda, una verdadera biografía intelectual. Sólo basta hojear «Entrada retrospectiva» e «Itinerario», prólogos de *El peregrino en su patria* e *Ideas y costumbres I*, para confirmar este hecho.

Por primera vez se agrupan todos sus textos y poemas dispersos de juventud en el volumen XIII, *Miscelánea I. Primeros escritos*. Muchos, durante años, le criticaron a Paz haber corregido o suprimido algunas obras de juventud por motivos políticos. Aunque no todos quisieron oírlo, en varias ocasiones explicó los motivos de sus supresiones y sus cambios («Entre la piedra y la flor»). Ahora en este volumen aparecen no sólo todos los textos dispersos sino también las primeras versiones de sus poemas de juventud. En su fax del 2 de febrero de 1994 me dice: «Te envío la primera parte del tomo XI, es decir, los poemas de adolescencia y juventud, excluidos (o nunca recogidos) en mi *Obra poética*. Ya te imaginarás mis sentimientos contradictorios al hacer esta recopilación. Si me hubiera dejado guiar por la justicia poética, habría destruido estos textos. Pero es imposible: todos, menos uno, fueron publicados. Acabo de enterarme que apareció un libro que Borges había prohibido expresamente reimprimir: *El tamaño de mi esperanza*. Es inútil rebelarse contra estas prácticas *post mortem*.» Y en su prólogo añade: «Y hay otra razón circunstancial: algunos críticos y periodistas, censores que escriben con bilis, me han reprochado la supresión de varios poemas y las correcciones de muchos otros. Han dicho que esas modificaciones y enmiendas obedecían a razones de orden ideológico: con ellas intentaba borrar las huellas de ideas y sentimientos que me movieron y conmovieron en mi juventud. Estos críticos, si se les puede llamar así, voluntariamente ignoran que el impulso que me llevó a corregir y suprimir algunos de mis poemas ha sido la insatisfacción ante mis obras y sus defectos. Corregí y suprimí no por sórdidos motivos de ideología política sino por sed de perfección. No he sido el único: infinidad de escritores han sentido y hecho lo mismo».

Vale la pena destacar también los volúmenes 14 y 15 que reúnen los últimos escritos y una serie de más o menos 35 entrevistas seleccionadas por Octavio Paz, con la ayuda de Ana Clavel y Adolfo Castañón.

En cuanto a las correcciones más puntuales y concretas, en algunos casos nos encontramos con una nota que matiza o amplía alguna idea; en muy pocos, una palabra toma el lugar de otra, no para desmentir sino para con-

cretar o precisar; en cierta forma, en estos casos, no se trata más que de restituir el nombre justo para cada cosa. Unificamos, por otra parte, de común acuerdo, las formas etimológicas de muchas palabras, los nombres propios chinos, japoneses, rusos, o los términos de las filosofías y religiones orientales. En su poesía las correcciones fueron mínimas; sin embargo hay un caso ejemplar que me gustaría recoger aquí. Cuando preparábamos la edición de *Delta de cinco brazos* (libro que incluye sus cinco poemas extensos más importantes y diez poemas breves), en su fax del 23 de febrero de 1994, entre otras cosas me dice: «Hacía años, literalmente, que no releía *Piedra de sol*. El sábado pasado cometí la imprudencia de volver a ese poema y encontré, aparte de otras cosas que ya son irreparables, dos líneas que pedían una enmienda. Se trata del pasaje en que se habla de la muerte (páginas 273-275); hay un momento en que, guiado por la semejanza entre los ruidos –animales, fisiológicos– que hacemos al morir y al nacer, me refiero a ‘ese jadeo de la vida que nace’. En sí misma la frase no es enteramente reprobable (alude a un hecho y nada más) pero en este caso es una intrusión que rompe el hilo y que, a su vez, se interrumpe bruscamente. Aunque no he tocado el poema desde que se publicó por primera vez, hace ya treinta y seis años, cedí a la tentación, en verdad invencible, y cambié esas líneas. Página 274, líneas 12, 13 y 14 de la *Obra poética*. En donde decía:

el delirio, el relincho, el ruido oscuro
que hacemos al morir y ese jadeo
de la vida que nace y el sonido
[de los huesos machacados en la riña]

debe leerse:

el estertor del animal que muere,
el delirio, el jadeo, el ruido oscuro
de la piedra que cae, el son monótono
[de los huesos machacados en la riña]

Ojalá que no te parezca absurda esta tardía corrección. Y ojalá que llegue a tiempo.»

El 3 de marzo de 1994 vuelve sobre el tema: «Celebro que te haya gustado la enmienda. Ojalá que haya tiempo para insertar una leve variante, que mejora una línea y evita una repetición. *Obra poética* página 274, línea 12, donde dice ‘el estertor del animal que muere’, debe decir: ‘la mirada del animal que muere’».